

## EXPERIENCIAS DE UN CAMINATE

*Jacques Masui*

Traducción: Juan García Atienza

15- 6-1942

Jamás el conocimiento nos llevará al Conocimiento, porque habrá de suponer siempre una oposición entre sujeto/objeto. Cuando ambos desaparecen surge —y sólo entonces— el verdadero Conocimiento. Esto es lo que perciben los poetas, lo que viven los místicos.

JULIO 1942

El primer peligro viene de la palabra misma, la palabra que sólo satisface, sin que lleguemos a penetrar su misterio, sin que nos hayamos empapado de aquellos aspectos de lo real que ese misterio pone en evidencia, fijándolos en una determinada forma.

Hay una especie de ascesis del lenguaje que sólo alcanza a determinados seres, pero que es esencial. En un primer impulso, nos lanzamos al lenguaje y creemos en él demasiado ciegamente. Creemos sólo en él, en vez de sobrepasarlo. Pero primero habría que captar lo que expresa y, a continuación, hacerlo entrar en nuestra sustancia. Por tanto, hay que huir de la palabra, para poseerla mejor y dominarla.

El día en que comprendamos todo su valor podremos jugar con el lenguaje como con el más divino de los instrumentos.

Resumen: 1. Dominación por superposición.

2. Utilización por dominio.

OCTUBRE 1942

El poeta encuentra de nuevo un conocimiento anterior a todos los conocimientos. La melancolía de toda gran poesía expresa la nostalgia del Paraíso Perdido.

28-7-1956

Esta mañana, tumbado en lo más lejano del jardín, escuchaba un ave (no sé cuál) que cantaba admirablemente. Bruscamente me pareció que su trino, tan nervioso y tan natural, era una especie de loa: la expresión de su placer de vivir, una especie de mantra musical, un *japa* maravilloso que deberíamos esforzarnos en imitar en su pura espontaneidad.

26-8-1956

De vuelta de Suiza el viernes, después de un mes de ausencia. Domingo tranquilo. El barrio de Auteil es algo exquisito. El tiempo está fresco para esta época. Son raros los claros y llueve a menudo. Al menos, ese tiempo no me disgusta. El aire es ya un poco otoñal, todo parece calmarse y, sin embargo, me siento en un estado de disponibilidad, pero calmado, relajado (de algo sirve el reposo en Suiza). No tengo deseo *hacia nada* en particular. Mi disponibilidad no tiene objeto. Es, con mucho, el estado más feliz. Una especie de estado de plenitud, de espera, de calma. Despierto a todo. Atento y sin tensión. Abierto sin reticencias.

Me doy cuenta ahora de que todo toma un relieve poético extraordinario. Una especie de estado poético, pero en «estado» puro.

Para que la poesía se haga patente hacen falta habitualmente algunos ejercicios particulares, determinadas tensiones y un sufrimiento. Conozco muy bien todo eso... Para que se produzca el despertar a la realidad, incluso a un bajo nivel, hacen falta excitaciones felices o dolorosas que abran las puertas de lo invisible y



ensanchen bruscamente nuestro campo visual. Las ocasiones son generalmente fortuitas y, aun así, son las más ricas, las más fértiles en descubrimientos. Determinados poetas quieren provocar instantes que produzcan el despertar. Se les da muy mal demasiado a menudo, porque ¿qué valor tienen los estados que alcanzan?

\*\*\*

No hay duda de que son los estados poéticos de *total disponibilidad* los que, por los potentes efectos que producen en nosotros, nos permiten el acceso de *modo natural* a una vida superior iluminada. Nada se parece menos a lo que se entiende por *mística* (o, de lo contrario, habría que definirla de una vez por todas).

Habitualmente, los estados poéticos nos retienen por medio de su seducción propia o ajena, de donde resulta o se desprende la especie de tensión que los ha provocado. Nos quedamos «pegados» al goce que provocan en nosotros, incluso si es triste o amargo. En general, cuanto más nos complacemos en este goce más nos alejamos de la iluminación o del despertar al que puede conducir la poesía. Es cierto que esta complacencia es muy favorable al acto mismo de escribir, porque generalmente las palabras que conforman un poema surgen a partir de la pasividad gozosa, pero entonces nos alejamos de la pura experiencia poética, que carece de objeto, porque *las cosas son como son*.

Comprendo por fin que la poesía es la vida cotidiana, pero vista en la realidad absoluta.

Ha sido encontrada.  
¿Qué? la eternidad.  
Es el mar mezclado  
con el sol.

Conozco una larga avenida de abedules a la orilla de un bosque admirable del norte, por la que mis pasos me han llevado a menudo durante mi adolescencia y donde a veces me hace volver la madurez. Los árboles son enormes, dos o tres veces centenarios. Su follaje se lanza contra el cielo a gran altura, y el fuste de sus troncos, negros y verdes de musgo, muy derechos, evoca en mí la estabilidad y el enraizamiento en la certeza.

De su contemplación tantas veces repetida, yo guardaba algo totalmente incomunicable, pero que ahora, después de años de frecuentarlos, estoy empezando a comprender. Esos abedules tienen una individualidad muy marcada y tal vez me transmiten señales que yo nunca supe interpretar hasta ahora, porque creía ingenuamente que el mundo vegetal no tiene nada que decirnos..., pero lo que expresan no puede traducirse con palabras, porque ellos mismos jamás han aprendido otro lenguaje que el de su propia evidencia —presencia. Hoy lo que afirman despierta una respuesta, tan muda como antes, pero ahora eficaz. ¿Cómo podría yo balbucear palabra alguna cuando ellos se dirigen dentro de mí hacia regiones muy anteriores a la expresión del Verbo?

Recientemente he vuelto a la avenida de árboles en un día maravilloso, en vísperas de invierno. El sol declinaba iluminando las copas en las que los pájaros, engañados por la luz y por la dulzura del aire, agregaban notas a su canto primigenio. Una ligera bruma al ras del suelo confundía los retoños. Sucedió entonces bruscamente que una de las enormes columnas vegetales quedó directamente iluminada por el sol, y ella sola, entre todas las demás, parecía mostrar su tronco negro más negro y el musgo más verde...

Imperceptiblemente me fui olvidando de todo, mientras sentía crecer en mí las potentes ramas: ya no percibía diferencia alguna entre su vida espontánea y la que me hacía contemplarlos. De pronto percibí por fin, de un modo diáfano, los signos que me estaban transmitiendo los árboles familiares y comprendí su

mudo lenguaje. No tenían nada que decirme y yo no tenía nada que comunicarles: *estábamos allí*, repartiéndonos la felicidad del instante, del re-conocimiento. ¿Acaso no bastaba?

15-11-1958

Un petirrojo canta emocionadamente y, sin embargo, ya se ha puesto el tiempo oscuro, frío y lluvioso. ¿Qué gozo le embarga para lanzar tan largos trinos, frescos, vibrantes, de tan extraordinaria pureza, ahora que el otoño ya muy avanzado no ofrece ante nuestros ojos más que una naturaleza replegada sobre sí misma, sumida en su reposo? ¿Por qué esa alegría tardía? Los amores están lejos, el sol aparece ya sólo raras veces desde hace varias semanas. La razón de esas melodías tan vivas, tan alertas, tan presentes, significa un misterio, sobre todo a esta hora tan avanzada... ¿Un saludo a la noche?

28-2 -1965

La poesía ocupa hoy una posición extremadamente ambigua: desde los románticos y, aún más, desde Baudelaire, se ha convertido en exploración de profundidades de la psique, hasta tal punto que algunos la han colocado en paralelo con la mística. Que se parezca a ella desde sus orígenes, nadie puede ponerlo en duda: a menos que se la quiera reducir a lo que fue a menudo, es cierto: un ejercicio de estilo. En el origen expresa un encantamiento: el de una intuición que penetra en la materia de las cosas. Es conocimiento no discursivo: dice lo que es, balbucea secretos en una lengua simbólica cuyas imágenes son primordiales y han permanecido hundidas hasta nuestros días en las profundidades del inconciente colectivo. Tal vez hoy podamos deshacernos de esos símbolos, cuyo sentido ha sido utilizado demasiado y ya no resuenan en el trasfondo de nuestro ser, cada vez más alejado de lo sagrado (es decir, de un universo en el que todo está religado y poseído de un determinado sentido). Ya se sabe hasta qué

punto el lenguaje se ha usado, pero la magia sigue operando en cuanto aparece un poeta que bucea en la que materia de las cosas y conoce aun el manejo de las palabras. El será quien nos hará penetrar tras él en las profundidades de la psique y nos despertará aun al sentido de los secretos perdidos. Ni siquiera permanece la ambigüedad, porque la poesía se ha erigido en laboratorio, como sucedió con la pintura y con la música. Ella ha querido acceder a las profundidades que, antes de los románticos, estaban reservadas a los metafísicos, a los místicos, a los videntes de todo tipo. Así se ha convertido también en ejercicio espiritual. Pero una vez más ¿acaso no se encontraba en sus orígenes cuando los primeros videntes de la raza se esforzaban en modular por medio de palabras un conocimiento que surgía de los abismos de su propio ser, ese «veda» escondido escondido en lo más profundo del alma?

Los primeros balbuceos fueron «revelación»: se trataba de transmitirle para preservar un conocimiento: se trataba también de utilizarla para fines mágicos de reintegración o de exorcismo, para hacer propicias ciertas fuerza, etcétera.

Ya se sabe, los primeros textos fueron obra de poetas y aquellos poetas era videntes (*kavi*, en la literatura sánscrita; *profetas*, entre los hebreos; *bardos*, entre los celtas, etc.).

7-6-1966

Larga conversación con Michaux celebrada en su casa. Me pasan al comedor (lo que no es muy corriente, que digamos), los árboles del jardín sobre los que se asoma el apartamento han crecido mucho. Extraordinario: el aroma del tilo en este París horriblemente «petroleado», penetra a bocanadas en la estancia. Me encuentra contemplando ese maravilloso rincón de naturaleza que le encanta. Me cuenta satisfecho de la belleza de un castaño rojo, cuya floración fue más abundante que en el bosque de Bolonia. «Ahora, dice, cada árbol ha encontrado su lugar... hacen una buena pareja. Unirse lleva tiempo. ¡Ah, si pudiésemos contemplar sus raíces!... Nunca somos concientes de ellas, a pesar de lo importantes y lo

bellas que son. No vemos más que una parte del sexo y posiblemente se nos escapa su lado más bello».

Le cuento que vi en algún lugar de Provenza, al borde de los cortados de una carretera que acababan de ensanchar, las raíces de varios árboles: un espectáculo magnífico el de aquellos nudos rodeando las piedras, deslizándose por sus intersticios... «!Ah, he ahí lo que debería verse siempre!» Nos vamos a comer a un restaurante chino, donde yo estuve una vez con Jacques Gernet y Terence Gray.

OTOÑO DE 1969

Génesis de nada

A veces escribo poemas y, a menudo, se produce un curioso fenómeno: antes de escribir y sin que yo sepa siquiera lo más mínimo de lo que va a salir, aparecer, me siento en un estado de *vacuidad jubilosa*. Ninguna aprehensión ni preparación alguna a un esfuerzo. No, una «apertura» sobre nada, apertura equivale a una pura *disponibilidad* sin objeto.

Si, por fin, no escribo nada (por pura decisión de abstenerme) surgen arrugas en ese estado de felicidad y me siento como frustrado, pero de nada, sin embargo, puesto que nada había surgido!

Por el contrario, si me pongo a escribir, se produce la descarga verbal (abro las esclusas y las palabras fluyen y se enredan, a veces demasiado rápidamente como para poder seguir las)... Y entonces nada de frustración, pero ese estado feliz que precedió desaparece y lo virginal deja su sitio a una evidencia demostrable: una vez la creación cumplida, hay satisfacción (soy... padre), pero no queda nada más de ese «antes» maravilloso que tanto contaba y al lado del cual el *mientras* y el *después* no son más que una «caída» (¿necesaria?): abandono de todo lo probable e innominado (¿cómo decirlo?) convertido en objeto ajeno: nacimiento para los psicoanalistas.

Por otra parte, si decido escribir, se producen siempre extraños fenómenos, sobre los cuales aún no me he detenido demasiado. En el momento en que me pongo a ello debo elegir, de alguna manera, ciertos módulos (como una línea de ataque), para que aparezca eso que tengo que decir y que todavía ignoro. Actitud interior que tendré que conservar tanto tiempo como sea necesario para fijar por escrito lo que surge de las tinieblas. Si se modifica esta actitud, ese módulo de naturaleza desconocida entonces: parón y desviación ridículos...

Pero todo esto se aleja considerablemente de su marcha habitual. Si me he dejado llevar para explicar un proceso personal es, antes que nada, para insistir sobre el estado que precede al momento de escribir. Estado vacante, pero que no es menos una acumulación de energía infinitamente sutil, bienhechora. ¿Una incógnita que abrirá las puertas de...?

20-6-1971

¿Cómo describir, cómo evocar el estallido de esta mañana, tanto más milagroso cuanto que sucede a largos días de frío y de lluvia? El inmutable paisaje con sus montañas que, hacia la derecha, se mueren lentamente hacia el infinito y me recuerdan siempre a Grecia, vista una sola vez y entrevista nuevamente una o dos horas: brillo del mar, las islas a lo lejos, 1969.

Y el lago de un azul aterciopelado por los inesperados efectos de una brisa ligera que dibuja partes más claras y más oscuras, como una tela enorme de reflejos cambiantes.

Pureza y elegancia. Relajación también, porque el paisaje no se «da» está ahí, no como una belleza fría, sino altivo, ni macho ni hembra (porque hay paisajes, sobre todo lacustres, que son tremendamente femeninos...). Mucho frescor en la espesura y como un ligero resto del idílico tiempo de los orígenes.

Las campanas han doblado durante mucho tiempo (¿o acaso se las oye todavía?) y aquella vieja, grave, de mi pueblo, se ha prolongado largo tiempo, más allá del carrillón de todas la otras, cuando se las llevó el viento.

No hay nada que decir sobre nada, sólo hay que gozar del espectáculo de ese instante. Ninguna explicación debe buscarse para lo que sentimos como esencial: todo no es dado por un breve instante. A nosotros nos toca captar lo que cada momento contiene, es decir, nada y todo.

Éxtasis y borrachera: el aire perfumado, el viento ligero que agita las hojas de los álamos, las golondrinas, mis queridas golondrinas cortan rápidamente el cielo en vuelo rápido y ágil. A lo lejos, en la embocadura del valle del Rodán, las nieves eternas del gran Combino. Y el constante canto de los mirlos. ¡Qué felicidad si mi alma pudiera estar totalmente en paz!

